

## **Sermón Uno. EL MILENIO.**

TEXTO:

«Y vi tronos, y se sentaron sobre ellos los que recibieron facultad de juzgar; y vi las almas de los decapitados por causa del testimonio de Jesús y por la palabra de Dios, los que no habían adorado a la bestia ni a su imagen, y que no recibieron la marca en sus frentes ni en sus manos; y vivieron y reinaron con Cristo mil años. Pero los otros muertos no volvieron a vivir hasta que se cumplieron mil años». (Apocalipsis 20:4, 5)

La palabra milenio significa mil años. Existe un acuerdo general en aplicar la palabra al período nombrado en el texto; pero no todos están de acuerdo en cuanto al carácter del milenio. La visión popular sobre este tema es que el mundo será convertido y que todos los hombres se volverán santos. Se dice que este feliz estado de cosas continuará mil años, durante los cuales Cristo reinará con su pueblo espiritualmente. Y al finalizar el milenio, Cristo vendrá por segunda vez y tendrá lugar el juicio.

Pero las Sagradas Escrituras no enseñan que en ningún período de tiempo todos los hombres serán convertidos a Dios. Hubo pocos hombres justos desde Adán hasta Moisés. Y su número en la era judía, comparado con las multitudes de los incrédulos, era muy pequeño. Tampoco el plan de Dios en la era cristiana abarca la conversión de todos los hombres. El evangelio debe ser predicado a todas las naciones. Así, Dios visita a «los gentiles para tomar de ellos un pueblo para su nombre» (Hechos 15:14). Entre los finalmente salvos no se encontrará la totalidad de ninguna generación, ni la totalidad de ninguna nación; sino que algunos de cada época y de cada lengua se unirán al cántico al Cordero: «Tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación» (Apocalipsis 5:9).

Por la propia naturaleza del caso, la conversión del mundo es una imposibilidad. Dios es el mismo durante todo el tiempo. Trata a los hombres y a las naciones imparcialmente. El diablo es el mismo, salvo que la experiencia de

seis mil años lo ha hecho más astuto para seducir a hombres y mujeres al pecado. La raza caída es la misma, solo que cada generación sucesiva degenera física, mental y moralmente, hasta que el mundo madura plenamente para su perdición final. Esto se observa en la imagen metálica de Daniel 2. Aquí, cinco reinos universales son el tema de la profecía. Cuatro de ellos pertenecen al estado mortal, uno al inmortal. Las cuatro monarquías terrenales, Babilonia, Persia, Grecia y Roma, están representadas respectivamente por oro, plata, bronce y hierro. No solo vemos en el símbolo la depreciación del valor del oro a la plata, al bronce y al hierro; sino que la última condición dividida de los gobiernos terrenales, justo antes de las glorias iniciales del reino inmortal, está representada por hierro mezclado con barro.

El plan de Dios para convertir a los pecadores y salvar a todos los que le obedecieran y creyeran en Jesús ha estado en operación durante unos seis mil años. Un Jesús crucificado y resucitado ha sido predicado con el Espíritu Santo enviado del Cielo por más de dieciocho siglos; sin embargo, el mundo no ha sido convertido. Y la perspectiva de su conversión a la santidad bíblica nunca ha parecido más oscura que en la actualidad. Con las enérgicas palabras de otro preguntaríamos:

«¿Y cuáles son las perspectivas actuales de una iglesia que se ha propuesto con toda confianza convertir el mundo? ¿Cómo pueden quienes ahora se ciñen el arnés jactarse de un éxito esperado mayor del que justifica la experiencia de quienes se lo han quitado después de haber librado la buena batalla? Los profetas no pudieron convertir el mundo; ¿somos más poderosos que ellos? Los apóstoles no pudieron convertir el mundo; ¿somos más fuertes que ellos? Los mártires no pudieron convertir el mundo; ¿podemos hacer más que ellos? La iglesia durante mil ochocientos años no pudo convertir el mundo; ¿podemos nosotros? Ellos predicaron el evangelio de Cristo; también nosotros podemos. Ellos llegaron hasta los confines más remotos de la tierra; también nosotros podemos. Ellos salvaron 'a algunos'; también nosotros podemos. Ellos lloraron al ver que tan pocos creían su informe; también nosotros podemos. Ellos terminaron su carrera con gozo y el ministerio que habían recibido para dar testimonio del evangelio de

la gracia de Dios; nosotros podemos hacer lo mismo. ¿Podemos razonablemente esperar hacer más? 'Tomaría toda la eternidad traer el milenio al ritmo en que progresan los avivamientos modernos', dijo el venerable Dr. Lyman Beecher, ante una convención ministerial, celebrada cerca de la antigua Plymouth Rock. ¿Y qué esperanza hay de que progresen más rápidamente? ¿Está en la palabra de Dios? Con gusto la encontraríamos allí. Tristemente leemos que «los malos hombres y los engañadores irán de mal en peor, engañando y siendo engañados» (2 Timoteo 3:13)».

«¿Tiene Dios un Salvador más poderoso —un Espíritu más potente? ¿Tiene otro evangelio que salve al mundo? ¿Dónde está? ¿Hay algún camino al reino que no sea el que conduce a través de mucha tribulación? ¿Hay otra manera de llegar a la corona además del camino de las cruces? ¿Podemos reinar con Él a menos que primero suframos por su causa?

«Sin duda, el mundo podría ser convertido si deseara conocer al Señor. Y así, si todos los que oyeron hubieran recibido con alegría la palabra de Dios, el mundo podría haber sido convertido en los veinte años siguientes al día de Pentecostés. Si cada cristiano hubiera llevado una sola alma a Dios cada año sucesivo, los serenos esplendores de la era milenial habrían brillado sobre los años declinantes de los apóstoles de Jesucristo. Pero en lugar de esto, sobrevinieron siglos de oscuridad. El mundo no se arrepintió, sino que la iglesia apostató. Si el evangelio fuera a convertir el mundo, deberíamos haber visto señales de ello antes de ahora. Pero ¿dónde se encuentran tales augurios? ¿Miraremos a Judson, quien trabajó diez largos años antes de que un solo pecador cediera a las demandas del evangelio? ¿Miraremos a la densa oscuridad del mundo pagano? ¿Miraremos el formalismo de la iglesia profesada? ¿Miraremos la amplia extensión de la infidelidad? ¿Miraremos el aumento de la iniquidad y el enfriamiento del amor? ¿Miraremos un mundo donde mil ochocientos años de trabajo y lágrimas no han traído ni una vigésima parte de la humanidad siquiera a una profesión del verdadero cristianismo; y donde no más de un quinto reclama para sí el dudoso título de naciones cristianas? ¿Miraremos un mundo en el que no podemos encontrar una nación de cristianos, ni una tribu de cristianos, ni una

ciudad de cristianos, ni un pueblo de cristianos, ni una aldea de cristianos, ni un caserío de cristianos, salvo aquí y allá donde una fe cuestionable ha llevado a unos pocos, con hipócritas incluso entonces en medio de ellos, a retirarse del mundo y a cultivar las virtudes inexploradas de una vida reclusa? Ciertamente, después de mil ochocientos años de experimento con ese sistema que debía convertir el mundo, los hombres podrían señalar algún país, alguna provincia, alguna nación, y decir: He aquí el comienzo de un mundo convertido.

«Pero ¿no resultará entonces el evangelio un fracaso? Eso depende de lo que se espere de él. Si el evangelio debía efectuar la salvación eterna de toda la humanidad, entonces no lograr esa obra es un fracaso del evangelio. Si el evangelio debía convertir el mundo, entonces, si no se hace, resultará un fracaso. Pero si el evangelio fue predicado «para tomar **de** los gentiles un pueblo para su nombre» (Hechos 15:14), entonces no es un fracaso. Si fue dado para que Dios, en misericordia y amor indefinidos, «**salvara a algunos**», entonces no es un fracaso. Si fue dado para que todo pecador arrepentido tuviera vida eterna, y para que todo buen soldado recibiera una corona de gloria, entonces no es un fracaso. Si fue dado para que una compañía innumerable fuera redimida **de** toda nación, y linaje, y lengua bajo el cielo, entonces no es un fracaso. Si fue dado para que los valles y colinas del Paraíso restaurado rebosaran de una hueste santa que será «**igual a los ángeles, y serán hijos de Dios, siendo hijos de la resurrección**» (Lucas 20:36), entonces no es un fracaso. Si fue dado para que los elegidos fueran reunidos en una gran familia de santos, entonces no es un fracaso. ¿Y no fue este su objetivo, más que la exaltación de una iglesia mundana a los esplendores de la prosperidad terrenal, mientras bajo el teatro de su fácil triunfo duermen las cenizas de los profetas y el polvo de los apóstoles? ¿Celebrarán un jubileo de mil años, mientras el clamor incesante de los mártires, «**¿Hasta cuándo, oh Señor?**» (Apocalipsis 6:10), sube a Dios? ¿Tendrán sus cánticos de triunfo, mientras toda la creación gime por la liberación, y mientras ese anhelado día de la redención de nuestro cuerpo es pospuesto? No, ciertamente, la esperanza de un solo cuerpo es una sola esperanza. La esperanza de la iglesia no se detiene en la muerte, sino que va más allá de las escenas de

tempestad y tormenta de la tierra, y reposa en los serenos resplandores de ese Sol de Justicia que brillará sobre el seno del Paraíso recuperado».

El milenio de Apocalipsis 20 se abrirá con la revelación del Hijo de Dios desde el Cielo, la destrucción de los impíos vivientes, la resurrección de los justos y el cambio a la inmortalidad de los justos vivos. Es un período en el que Cristo reinará personalmente con los justos de todas las épocas que han sufrido con él. «Si sufrimos, también reinaremos con él» (2 Timoteo 2:12). Este período está limitado en cada extremo por una resurrección. Cristo declara claramente que «todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron bien, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron mal, a resurrección de condenación» (Juan 5:28, 29). Y Pablo testifica «que ha de haber resurrección de los muertos, así de justos como de injustos» (Hechos 24:15). Pero se deja al Revelador la tarea de colocar estas resurrecciones con mil años de diferencia, en cada extremo del milenio.

«Y vi [no un mundo convertido, sino] tronos [de juicio] y se sentaron sobre ellos, y se les dio juicio». Luego se hace mención de aquella porción de los mártires de Jesús que habían sido decapitados, y también de los vencedores sobre la bestia, su imagen y su marca, representando a todos los justos; luego se añade: «Ellos vivieron [fueron resucitados a la vida] y reinaron con Cristo mil años. Pero el resto de los muertos [los impíos] no volvieron a vivir [no fueron resucitados de entre los muertos] hasta que los mil años se cumplieron» (Apocalipsis 20:4-5).

La doctrina del milenio temporal, al basarse en falsas interpretaciones y citas incorrectas de ciertas porciones de las Sagradas Escrituras, es apropiado que aquí señalemos aquellos textos usualmente citados para probar la conversión del mundo, y mostremos que no significan lo que se dice que prueban.

1. «Pídeme, y te daré por herencia las naciones, y como posesión tuya los confines de la tierra». (Salmo 2:8). Como evidencia suficiente de que este texto no prueba la conversión del mundo, citamos el versículo siguiente: «Los

quebrantarás con vara de hierro; como vasija de alfarero los desmenuzarás» (Salmo 2:9).

2. La piedra cortada del monte sin manos, rodará hasta que se convierta en una gran montaña y llene toda la tierra. Toda la prueba para la conversión del mundo, que se encuentra en lo anterior, reside en citar el texto erróneamente. He aquí el texto tal como dice: «Estabas mirando hasta que una piedra fue cortada, no con mano, e hirió a la imagen en sus pies de hierro y de barro cocido, y los desmenuzó. Entonces fueron desmenuzados también el hierro, el barro cocido, el bronce, la plata y el oro, y se hicieron como tamo de las eras de verano; y se los llevó el viento sin que de ellos quedara rastro alguno. Mas la piedra que hirió a la imagen se hizo un gran monte que llenó toda la tierra». (Daniel 2:34, 35)

En esta notable porción de profecía, los siguientes puntos son dignos de mención: (1) La piedra hirió la imagen en sus pies, y desmenuzó el hierro, el barro, el bronce, la plata y el oro a la vez. Aquí hay destrucción, no conversión. (2) Se hicieron como el tamo de las eras de verano, y el viento se los llevó, de modo que no se encontró lugar para ellos. Aquí se ilustra la eliminación de todos los gobiernos terrenales. (3) Luego la piedra se convirtió en una gran montaña y llenó toda la tierra. En esta profecía, la piedra no tiene nada en común con la imagen. La imagen, un símbolo de los gobiernos terrenales y de todos los hombres malvados, es primero removida, y luego la piedra llena toda la tierra.

Pero si se dice que el desmenuzar a las naciones (Salmo 2:9) y el quebrantar la imagen (Daniel 2:34) significan la conversión del mundo, entonces las palabras de Pablo, «El Dios de paz aplastará en breve a Satanás bajo vuestros pies» (Romanos 16:20), significan la conversión de Satanás.

3. Una nación nacerá en un día. Aquí hay otra cita incorrecta. Isaías 66:8 dice: «¿Quién oyó cosa semejante? ¿Quién vio cosas como estas? ¿Concebirá la tierra en un día? ¿Nacerá una nación de una vez? Pues en cuanto Sion estuvo de parto, dio a luz a sus hijos». Este texto no hace alusión a la conversión de pecadores; sino que evidentemente se refiere a la resurrección de los justos.

4. «Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo» (Apocalipsis 11:15).

Pero téngase en cuenta que esto ocurre bajo el tercer ay, cuando también se dice: «Y las naciones se airaron, y tu ira ha venido, y el tiempo de juzgar a los muertos, y de dar el galardón a tus siervos los profetas, a los santos, y a los que temen tu nombre, a los pequeños y a los grandes, y de destruir a los que destruyen la tierra». (Apocalipsis 11:18)

5. «Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin». (Mateo 24:14)

Quienes enseñan la conversión del mundo querrían que el evangelio fuera predicado a todas las naciones, que cada individuo lo oyera, lo creyera, lo obedeciera, y que todos se volvieran santos por él. ¿Qué entonces? ¿El fin? No; no hasta que el mundo haya disfrutado de un período sin pecado de mil años. Algunos sostienen que los mil años de Apocalipsis 20 son proféticos, representando cada día del año un año, lo que suma trescientos sesenta y cinco mil años. Pero el texto no dice que cada individuo siquiera oirá este evangelio del reino. No afirma que alguien será convertido y santificado por él. Y encontramos que está lejos de insinuar que un mundo sería convertido y permanecería así mil años, o trescientos sesenta y cinco mil años. El texto simplemente declara:

(1) «Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo» (Mateo 24:14),

(2) «Para testimonio a todas las naciones» (Mateo 24:14),

(3) «Y **entonces** [no mil años después, ni trescientos sesenta y cinco mil; sino **entonces**] vendrá el fin» (Mateo 24:14).

6. «Convertirán sus espadas en rejas de arado, y sus lanzas en hoces; no alzará espada nación contra nación, ni se adiestrarán más para la guerra». (Miqueas 4:3)

Véase también Isaías 2:4.

Por favor, nótese que Miqueas 4:1 habla del estado exaltado de la iglesia profesada de Cristo en los últimos días. Las montañas significan gobiernos terrenales. La iglesia, aquí representada por «el monte de la casa de Jehová» (Miqueas 4:1), debía ser exaltada sobre los collados. Debía ser establecida en la cumbre de los montes.

Los versículos 2-5 son una declaración, no de lo que el Señor declara que ocurriría en los últimos días, sino de lo que dirían las multitudes de profesantes populares que esperan la conversión del mundo. La declaración comienza así: «Vendrán muchas naciones y dirán» (Miqueas 4:2). Es el hombre, no Dios, quien dice: «Convertirán sus espadas en rejas de arado, y sus lanzas en hoces; no alzará espada nación contra nación, ni se adiestrarán más para la guerra» (Miqueas 4:3).

Pero el Señor habla en los versículos 6 y 7, como sigue: «En aquel día, dice Jehová, juntaré la que cojea, y recogeré la descarriada, y a la que afligí» (Miqueas 4:6). «En aquel día», cuando «muchas naciones» profetizan paz y seguridad, el pueblo remanente del Señor es expulsado y afligido.

Pero tenemos más y muy decisivo testimonio con respecto al estado de las naciones en los últimos días. El Señor habla por medio de su profeta así: «Proclamad esto entre las naciones: Preparad la guerra, despertad a los valientes, acérquense, vengan todos los hombres de guerra. Forjad vuestras rejas de arado espadas, y vuestras hoces lanzas» (Joel 3:9, 10). En lugar de que las naciones no alcen más la espada unas contra otras, en los últimos días, «el mal irá de nación en nación» (Jeremías 25:32), y «la espada de Jehová devorará de un extremo de la tierra hasta el otro; no habrá paz para nadie» (Jeremías 12:12).

Este tema puede parecer aún más claro y contundente al organizar lo que dicen muchas naciones y lo que dice el Señor, lado a lado, como sigue:

## | MUCHAS NACIONES DICEN. | EL SEÑOR DICE |

<p>«Y muchos pueblos vendrán y dirán: Venid, y subamos al monte de Jehová, a la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará sus caminos, y caminaremos por sus sendas; porque de Sion saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra de Jehová. Y juzgará entre muchos pueblos, y reprenderá a naciones poderosas lejos de allí; y convertirán sus espadas en rejas de arado, y sus lanzas en hoces; no alzará espada nación contra nación, ni se adiestrarán más para la guerra». (Miqueas 4:2, 3)`</p>	<p>«Proclamad esto entre las naciones: Preparad la guerra, despertad a los valientes, acérquense, vengan todos los hombres de guerra. Forjad vuestras rejas de arado espadas, y vuestras hoces lanzas; diga el débil: Fuerte soy. Juntaos y venid, naciones todas de alrededor, y congregaos; allí haz venir, oh Jehová, a tus fuertes. Despiértense las naciones, y suban al valle de Josafat; porque allí me sentaré para juzgar a todas las naciones de alrededor». (Joel 3:9-12)</p>
---	--

A esto concuerdan las palabras de Pablo: «El día del Señor vendrá así como ladrón en la noche; porque cuando digan: Paz y seguridad, entonces vendrá sobre ellos destrucción repentina» (1 Tesalonicenses 5:2, 3). Qué sorprendente es ver esta declaración de paz y seguridad cumplida en la predicación del milenio temporal, la conversión del mundo y la profecía de paz entre las naciones; mientras que las Escrituras y los hechos se combinan para mostrar que el mundo se hunde cada vez más, los impíos empeoran, y las naciones están haciendo preparativos para la guerra mucho mayores que en cualquier período anterior.

7. Todos conocerán al Señor, desde el menor hasta el mayor. (Hebreos 8:11)

Esto se halla en la promesa del nuevo pacto, y se relaciona, primero, con la condición de cada individuo con quien se establece el nuevo pacto; y, segundo, con la plenitud de las bendiciones del evangelio cuando todos sean puestos en armonía con Dios en el estado eterno. Ambas ideas están incluidas en la promesa. Pero que cada individuo se convertirá, o que todos los de alguna generación de este lado del estado inmortal se convertirán y llegarán al conocimiento de Dios, las Escrituras no lo enseñan.

Esta promesa se hace con respecto a aquellos con quienes el Señor hace el nuevo pacto. Ahora bien, aunque se ha hecho todo lo que posiblemente se puede hacer para ratificar el pacto, o para que tenga fuerza, aún no podemos decir que esté realmente hecho con ningún individuo hasta que ese individuo sea puesto en relación de pacto con Dios. Pero cuando los hombres son así puestos en relación de pacto con él, según la promesa, la ley de Dios es escrita en sus corazones. Entonces conocen a Dios. Juan dice: «Y en esto sabemos que nosotros le conocemos, si guardamos sus mandamientos» (1 Juan 2:3). Esto, por supuesto, no puede aplicarse a los inconversos. Ninguno de los que permanecen impenitentes está incluido en la promesa.

8. La gloria del Señor llenará la tierra como las aguas cubren el mar.

«Mas tan ciertamente como vivo yo, toda la tierra será llena de la gloria de Jehová» (Números 14:21). «No harán mal ni dañarán en todo mi santo monte; porque la tierra será llena del conocimiento de Jehová, como las aguas cubren el mar» (Isaías 11:9). «Porque la tierra será llena del conocimiento de la gloria de Jehová, como las aguas cubren el mar» (Habacuc 2:14). «Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad» (Mateo 5:5).

Sin embargo, este glorioso estado no se logra por la conversión de todos los hombres. Se introduce por la destrucción de los hombres pecadores, la restitución de la tierra a su condición tal como salió de la mano del Creador, y el don de la inmortalidad a los mansos de todas las épocas. «Porque los malignos serán destruidos, pero los que esperan en Jehová, ellos heredarán la tierra. Pues de aquí a poco no existirá el malo; observarás su lugar, y no estará allí. Pero los

mansos heredarán la tierra, y se recrearán con abundancia de paz» (Salmo 37:9-11).

9. «Porque he aquí que yo creo nuevos cielos y nueva tierra; y de lo primero no habrá memoria, ni más vendrá al pensamiento. Antes bien, gozaos y alegraos para siempre en las cosas que yo he creado; porque he aquí que yo traigo a Jerusalén alegría, y a su pueblo gozo. Y yo me alegraré con Jerusalén, y me gozaré con mi pueblo; y nunca más se oirán en ella voz de lloro, ni voz de clamor... El lobo y el cordero serán apacentados juntos, y el león comerá paja como el buey; y el polvo será la comida de la serpiente. No afligirán, ni harán mal en todo mi santo monte, dice Jehová.» (Véase Isaías 65:17-25; también Cap. 11:6-9)

Se dice que esta profecía es una descripción figurada de la condición de las cosas durante el milenio temporal. Nosotros, sin embargo, la consideramos una descripción profética del estado de las cosas después de la restitución de la tierra y del hombre a su gloria primordial. Antes de la caída, el hombre era recto, y la tierra y todo lo que Dios había creado sobre ella, según la veía el Creador, fue visto como «bueno en gran manera» (Génesis 1:31).

Las Escrituras no enseñan la aniquilación de todas las cosas por los fuegos del gran día, y la creación de todas las cosas nuevas para el estado futuro. Pero sí enseñan distintamente la restitución de todas las cosas. Así dice el gran Restaurador: «He aquí, yo hago nuevas todas las cosas» (Apocalipsis 21:5). Isaías y el Revelador hablan de los nuevos cielos y la nueva tierra. El profeta Isaías está dando una descripción figurada de una condición muy feliz de las cosas en este estado mortal, o está retratando las glorias literales de la restitución después de la segunda venida y la resurrección de los justos. A la visión figurada le encontramos serias objeciones:

(1) Nuestros amigos del milenio temporal, para que todas las partes de su teoría figurada armonicen, deben tener en sus nuevos cielos y tierra figurados, casas figuradas, viñedos figurados, y deben comer figuradamente el fruto figurado de estos, y verse obligados a sufrir de lobos figurados y leones figurados, alimentándose figuradamente con corderos figurados y bueyes figurados, por no

hablar de la presencia de serpientes figuradas. Pero se dice que el evangelio ha de convertir a todos estos lobos, leones y serpientes. Entonces respondemos que, si se convierten, ya no son lobos ni leones ni serpientes, y durante todo el período del milenio no habrá nada más que corderos y palomas. Por lo tanto, la profecía no tiene referencia al milenio temporal. Debe aplicarse a algún otro período.

(2) El apóstol ha identificado tan claramente los tres mundos, a saber, el que existió antes del diluvio, el que existe ahora y la nueva tierra que ha de venir, que excluye por completo la visión figurada. Él dice: «Estos ignoran voluntariamente, que en el tiempo antiguo fueron hechos por la palabra de Dios los cielos, y también la tierra, que proviene del agua y por el agua subsiste, por lo cual el mundo de entonces pereció anegado en agua; pero los cielos y la tierra que existen ahora, están reservados por la misma palabra, guardados para el fuego en el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos.» «Pero nosotros esperamos, según sus promesas, cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia» (2 Pedro 3:5-7, 13).

Ningún hecho puede ser más claramente declarado que el de que el mundo que pereció por el diluvio es el mismo que el que ahora existe, y está reservado para el fuego. Este será cambiado por fuego, y entonces aparecerán los nuevos cielos y la nueva tierra, según la promesa de Dios. Y es un hecho notable que la promesa de Dios a la que se refiere el apóstol se encuentra solo en el capítulo sesenta y cinco de Isaías. Así, el apóstol vincula los tres mundos. ¿Son literales los dos primeros mundos? Así lo es el tercero. ¿Es figurada la nueva tierra mencionada por Isaías? También lo son los tres mundos figurados. Si todos son literales, entonces vemos una armonía en las Escrituras con respecto a ellos. Pero si se consideran figurados, entonces llegamos a la siguiente conclusión:

En los días del Noé figurado, los cielos y la tierra figurados, al ser inundados por agua figurada, perecieron figuradamente. Pero los cielos y la tierra figurados que existen ahora, están reservados para un fuego figurado, contra el día figurado del juicio figurado y la perdición figurada de hombres impíos figurados. Sin embargo, nosotros, según su promesa figurada, esperamos figuradamente cielos nuevos y tierra nueva figurados en los cuales mora la justicia figurada.

Es cierto que los escritores sagrados usan figuras y parábolas. Pero nos sentimos obligados por sagradas responsabilidades a creer que Dios en su palabra significa *exactamente* lo que dice, a menos que las conexiones muestren buenas razones por las cuales se introduce una figura o parábola. Si Dios no significa lo que dice en su palabra, ¿quién nos dirá lo que sí significa? En caso de que Dios no signifique lo que dice, la Biblia deja de ser una revelación, y Dios debería darnos otro libro para enseñarnos lo que este significa. Pero la Biblia es el libro mismo en el que él ha hablado claramente y nos ha revelado su verdad.

Con esta visión de las Sagradas Escrituras, vemos desplegadas ante nosotros las realidades vivas de la nueva tierra, en toda su grandeza y gloria, como cuando Adán era señor del Edén. Antes de la transgresión, todo era pureza y paz, incluso entre las bestias que Dios había creado. ¿Y quién puede decir que estas, con la naturaleza que el Creador les dio por primera vez, no estarán en su lugar en la tierra restaurada de la caída, así como en la tierra antes de la caída?

Pero cuando se adopta la interpretación figurada de las Escrituras, los nuevos cielos y la nueva tierra de Isaías y Apocalipsis pueden hacerse significar casi cualquier cosa que la fantasía sugiera. Tales libertades tomadas con la palabra de Dios han llevado al escéptico a decir que la Biblia es como un violín, en el que se puede tocar cualquier melodía a placer.

Habiendo examinado los principales textos citados para probar la conversión del mundo y un período de paz y santidad universales en este estado mortal, y habiendo visto que no significan lo que se dice que significan, ahora prestaremos atención a algunas de las muchas pruebas directas de que tal estado de cosas no puede existir antes de la segunda venida.

#### 1. La prevalencia del cuerno pequeño.

«Yo veía, y este cuerno hacía guerra contra los santos, y los vencía, hasta tanto que vino el Anciano de días, y se dio el juicio a los santos del Altísimo; y llegó el tiempo, y los santos recibieron el reino» (Daniel 7:21, 22). «Después recibirán el reino los santos del Altísimo, y poseerán el reino hasta el siglo, eternamente y para siempre» (Versículo 18). Aquí se verá que el cuerno pequeño hace guerra

contra los santos hasta que ellos toman el reino; y una vez que obtienen el reino, lo retienen para siempre, sí, para siempre y por siempre. ¿Dónde, entonces, hay lugar para ese período de paz y triunfo de la iglesia llamado milenio temporal?

## 2. La apostasía.

«Pero con respecto a la venida de nuestro Señor Jesucristo, y a nuestra reunión con él, os rogamos, hermanos, que no os dejéis mover fácilmente de vuestro modo de pensar, ni os conturbéis, ni por espíritu, ni por palabra, ni por carta como si fuera nuestra, en el sentido de que el día del Señor está cerca. Nadie os engañe en ninguna manera; porque no vendrá sin que antes venga la apostasía, y se manifieste el hombre de pecado, el hijo de perdición, el cual se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto; tanto que se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios. ¿No os acordáis que cuando yo estaba todavía con vosotros, os decía esto? Y ahora vosotros sabéis lo que lo detiene, a fin de que a su debido tiempo se manifieste. Porque ya está en acción el misterio de la iniquidad; solo que hay quien al presente lo detiene, hasta que él a su vez sea quitado de en medio. Y entonces se manifestará aquel inicuo, a quien el Señor matará con el espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida» (2 Tesalonicenses 2:1-8).

El apóstol está hablando aquí del día de la venida del Señor. Está protegiendo a la iglesia contra el engaño de ser llevada a esperar la venida de Cristo demasiado pronto. Declara lo que debe venir antes de la aparición del Señor. ¿Es el milenio temporal? ¿Los triunfos de la conversión del mundo? No; es la triste apostasía, el apartarse de la fe, y la manifestación del Hombre de Pecado, quien continuará su blasfemia hasta la venida del Hijo del Hombre, cuando será destruido. ¿Dónde, entonces, hay lugar para mil años antes de la venida del Señor, durante los cuales todos los hombres amarán y servirán a Dios?

## 3. Los impíos continúan con los justos, como lo ilustra la parábola del trigo y la cizaña, hasta el fin de la era cristiana.

«Les refirió otra parábola, diciendo: El reino de los cielos es semejante a un hombre que sembró buena semilla en su campo; pero mientras dormían los

hombres, vino su enemigo y sembró cizaña entre el trigo, y se fue. Y cuando salió la hierba y dio fruto, entonces apareció también la cizaña. Vinieron entonces los siervos del padre de familia y le dijeron: Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿De dónde, pues, tiene cizaña? Él les dijo: Un enemigo ha hecho esto. Y los siervos le dijeron: ¿Quieres, pues, que vayamos y la arranquemos? Él les dijo: No, no sea que al arrancar la cizaña, arranquéis también con ella el trigo. Dejad crecer juntamente lo uno y lo otro hasta la siega; y al tiempo de la siega yo diré a los segadores: Recoged primero la cizaña, y atadla en manojos para quemarla; pero recoged el trigo en mi granero» (Mateo 13:24-30).

Los amigos de la moderna doctrina de la conversión del mundo encuentran esta parábola directamente en su camino, y se han fatigado en esforzarse por explicarla. Pero como nuestro divino Señor, a petición especial, dio una explicación de ella, la modestia sugiere que aceptemos su explicación, y dejemos el asunto allí:

«Entonces, despedida la multitud, entró Jesús en casa; y acercándose a él sus discípulos, le dijeron: Explícanos la parábola de la cizaña del campo. Respondiendo él, les dijo: El que siembra la buena semilla es el Hijo del Hombre; el campo es el mundo; la buena semilla son los hijos del reino; y la cizaña son los hijos del malo; el enemigo que la sembró es el diablo; la siega es el fin del siglo; y los segadores son los ángeles. De manera que como se arranca la cizaña, y se quema en el fuego, así será en el fin de este siglo. Enviará el Hijo del Hombre a sus ángeles, y recogerán de su reino a todos los que sirven de tropiezo, y a los que hacen iniquidad, y los echarán en el horno de fuego; allí será el lloro y el crujir de dientes. Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre. El que tiene oídos para oír, oiga» (Versículos 36-43).

Simplemente repetimos: «El campo es el mundo». «La buena semilla son los hijos del reino». «La cizaña son los hijos del malo». «Dejad crecer juntamente lo uno y lo otro hasta la siega». «La siega es el fin del siglo».

4. Persecución y tribulación serían la porción de la iglesia de Dios en todas las épocas.

El apóstol habla de los fieles que habían vivido y sufrido antes, quienes «experimentaron vituperios y azotes, y a más de esto prisiones y cárceles. Fueron apedreados, aserrados, tentados, muertos a filo de espada; anduvieron de acá para allá cubiertos de pieles de ovejas y de cabras, pobres, angustiados, maltratados; (de los cuales el mundo no era digno;) errando por los desiertos, por los montes, por las cuevas y por las cavernas de la tierra. Y todos estos, aunque alcanzaron buen testimonio mediante la fe, no recibieron lo prometido, proveyendo Dios alguna cosa mejor para nosotros, para que no fuesen ellos perfeccionados aparte de nosotros» (Hebreos 11:36-40). También señala al futuro y dice: «Y también todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución» (2 Timoteo 3:12).

#### 5. Los últimos días de la probación humana.

Los últimos días de la probación humana han sido considerados como el período favorecido para la culminación de la gran obra de convertir al mundo. Pero los profetas del Antiguo Testamento en ningún lugar representan a Dios diciendo que los últimos días serían gloriosos. Jesús y los apóstoles del Nuevo Testamento nunca hablan de los últimos días como un período de triunfo para la iglesia; sino, más bien, como los días de su peligro, que demandan especial vigilancia; los días de su luto, y lágrimas, y oraciones importunas por liberación. Pablo describe los últimos días así: «También debes saber esto: que en los postreros días vendrán tiempos peligrosos; porque habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos, sin afecto natural, implacables, calumniadores, intemperantes, crueles, aborrecedores de lo bueno, traidores, impetuosos, infatuados, amadores de los deleites más que de Dios; que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella; a estos evita» (2 Timoteo 3:1-5).

#### 6. Pedro dice:

«Vendrán en los postreros días, andando según sus propias concupiscencias, y diciendo: ¿Dónde está la promesa de su advenimiento?» (2 Pedro 3:3, 4). ¿Cómo podrían surgir estos escarnecedores y negar su venida, y existir persecuciones y

peligros en los últimos días, si todos se hubieran convertido mucho antes de su venida?

7. Los últimos días abarcan el último día, extendiéndose hasta la venida del Hijo del Hombre.

Los días de la venida del Hijo del Hombre habrían de ser como los días de Noé y de Lot. «Como fue en los días de Noé, así también será en los días del Hijo del Hombre. Comían, bebían, se casaban y se daban en matrimonio, hasta el día en que entró Noé en el arca, y vino el diluvio y los destruyó a todos. Asimismo como sucedió en los días de Lot; comían, bebían, compraban, vendían, plantaban, edificaban; mas el día en que Lot salió de Sodoma, llovió del cielo fuego y azufre, y los destruyó a todos. Así será el día en que el Hijo del Hombre se manifieste» (Lucas 17:26-31).

Entonces la maldad de los impíos fue tal que Dios no pudo soportarlos más. Y cuando su medida de iniquidad estuvo llena, los visitó con ira. Existe una maravillosa similitud entre los días de Noé y Lot, y los nuestros. Entonces los hombres estaban entregados al amor de las cosas de esta vida, como lo están en la actualidad. Entonces estaban abandonados a la lujuria y al crimen, ilustrando apropiadamente los terribles registros de nuestros tiempos. Como Dios manifestó su ira entonces en el diluvio y en el fuego, así ahora las copas de su ira, sin mezcla de misericordia, solo esperan que se quite el brazo interponedor de la misericordia, para ser derramadas sobre los impíos.

8. Destrucción, no conversión, le espera al mundo.

Destrucción, no conversión, le espera al mundo en el mismo momento en que muchos profesores populares albergan la engañosa esperanza de un tiempo mejor por venir. No ven peligro, y tachan de alarmistas fanáticos a quienes obedecen el mandato profético: «Tocad trompeta en Sion, y dad alarma en mi santo monte; tiemblen todos los moradores de la tierra, porque viene el día de Jehová, porque está cercano» (Joel 2:1). Pero, dice el apóstol: «cuando digan: Paz y seguridad, entonces vendrá sobre ellos destrucción repentina» (1 Tesalonicenses 5:2). En el mismo momento en que el Señor, por medio del

profeta Joel, está diciendo: «Proclamad esto entre las naciones, preparad la guerra, despertad a los valientes, acérquense, vengan todos los hombres de guerra. Forjad vuestras rejas de arado espadas, y vuestras hoces lanzas; diga el débil: Fuerte soy» (cap. 3:9, 10), ellos están cumpliendo la profecía de Miqueas, que dice: «Vendrán muchas naciones, y dirán: Venid, y subamos al monte de Jehová, ... y forjarán sus espadas en rejas de arado, y sus lanzas en hoces; no alzaré espada nación contra nación, ni se adiestrarán más para la guerra» (Cap. 4:2, 3).

9. El camino a la destrucción es ancho, y muchos van por él; y el camino a la vida es estrecho, y pocos lo encuentran.

Cuando uno le preguntó a Jesús: «¿Son pocos los que se salvan?», él respondió: «Esforzaos a entrar por la puerta angosta; porque os digo que muchos procurarán entrar, y no podrán» (Lucas 13:23, 24). De nuevo se registra: «Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; porque estrecha es la puerta, y angosto es el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan» (Mateo 7:13, 14). La doctrina de la conversión del mundo y la de la salvación universal están ambas directamente opuestas a este pasaje. Una tiene el camino a la vida estrecho al principio, pero ensanchándose hasta que todos caminen por él; mientras que la otra tiene el camino a la vida siempre lo suficientemente ancho para todo el mundo. Para ser de verdadera utilidad al Universalismo, el texto debería decir: Ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la vida, y todos entran por ella; porque estrecha es la puerta, y angosto es el camino que lleva a la destrucción, y nadie puede encontrarlo. Pero nuestro Señor declara un gran hecho en este pasaje, que existía cuando fue hablado, siempre había existido, y que existiría hasta el cierre de la probación; a saber, que el camino a la destrucción era ancho y muchos irían por él; y que el camino a la vida era estrecho, y pocos lo encontrarían.

Pero cuando los pocos de cada generación sucesiva, desde el justo Abel hasta el cierre de la probación, que han dirigido sus solitarios pasos por el sendero angosto hacia el Monte Sion, alcancen su reposo eterno, constituirán esa «gran

multitud, la cual nadie podía contar, de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas», ataviados con la pureza y el brillo del Cielo. Ni uno solo de estos habría salido de ese período imaginario de un mundo convertido. No, ni uno. ¡Qué escena tan imponente! «Y uno de los ancianos habló, diciéndome: Estos que están vestidos de ropas blancas, ¿quiénes son, y de dónde han venido? Yo le dije: Señor, tú lo sabes. Y él me dijo: Estos son los que han salido de la gran tribulación, y han lavado sus ropas, y las han emblanquecido en la sangre del Cordero» (Apocalipsis 7:13, 14).